

Monstrilío

GERARDO SÁMANO
CÓRDOVA

GERARDO SÁMANO CÓRDOVA MONSTRILIO

Traducción de Esther Cruz Santaella



temas de hoy

Título original: *Monstrilio*

© Gerardo Sámano Córdova, 2023

Publicado originalmente en Estados Unidos por Zando
(www.zandoprojects.com)

© por la traducción, Esther Cruz, 2025

Corrección de estilo a cargo de Andrés Prieto

© Editorial Planeta, S. A., 2025

temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2025

ISBN: 978-84-10293-96-0

Depósito legal: B. 13.380-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Su hijo muere en una cama de tamaño infantil, lo bastante grande para él, sí, pero lo justo para acogerla también a ella y además a su marido, aferrados ambos a los bordes, replegándose para hacerse pequeños y encajar uno a cada lado. Ella saborea ese moverse y retorcerse constante, necesario para conservar su sitio.

Su hijo estaba vivo y ya no. Ni un trueno, ni ángeles llorando, ni la Muerte con su manto ni un indulto: solo ese cuerpo silencioso, sin respirar, y la contundente constatación de que se acabó.

Qué soso, piensa. Podría gritar, ponerse de rodillas, tirarse del pelo, maldecir a Dios. Llévame a mí, podría suplicar mientras se da golpes de pecho. No va a hacerlo. No es capaz de desplegar el drama que había imaginado.

En sus fantasías (¿Es demasiado macabro llamarlas fantasías? No, no cree), en sus fantasías, su hijo moría en

un centro comercial, en uno de esos muy grandes que hay en Ciudad de México, porque en un centro comercial se tiene público, y ella quería público, aunque morir en plena calle le parecía demasiado sórdido. En el centro comercial su hijo se desplomaba, y cuando ella se colocaba su cuerpecito sobre el regazo y lo abrazaba, los visitantes del lugar la rodeaban con un silencioso pasmo ante su pena, inconcebible para todos, mientras ella se convertía en una piedad, de mármol, espléndida. Lágrimas gruesas y limpias le surcaban el rostro y se le acumulaban en la barbilla. Al imaginar eso, lloraba junto a su yo arrodillado.

Y ahora, nada. Ha llegado el momento —¡La muerte!— y ni una lágrima. A lo mejor necesita público, y en esa habitación, en esa luminosa habitación, su único público es su marido lloroso, y un hombre lloroso no es público para nada.

Su marido acaricia con la nariz al hijo de ambos, en el hueco que le deja el cuello achaparrado del niño, como si él fuese el cervatillo y su hijo la cierva. Lo estruja con el cuerpo entero: brazos, piernas, cabeza y pecho. Gruñe mientras aprieta. Respira fuerte contra el cuello del hijo, oliéndolo con intensidad. Ella también lo estruja, intenta imitar a su marido porque él parece saber cómo hacer un duelo y ella no. Su marido la agarra del brazo y tira de ella hacia la mitad de la cama, hacia el hijo. Es como si creyese que, empujando lo suficiente, podrán parirlo de nuevo. Lo parí yo, piensa ella. Y no voy a parirlo otra vez. El pelo rubio de su marido le cae en la cara a su hijo. Ella lo retira con el dorso de la mano, incluso tras darse cuenta de que ese pelo ya no puede

hacerle cosquillas al niño. Su marido la suelta. No emite ni un solo ruido. A lo mejor él también se ha muerto. Está demasiado cansada para comprobarlo.

No está demasiado cansada para no salir de la cama y abrir una ventana. Entra una ráfaga de aire fresco. Es primavera y el aire es refrescante, muy poco de muerte. Ella tiene el pelo suelto y, al estar suelto, nota que le revolotea en el cuello. Es un revoloteo rápido, insuficiente para despertarla del todo con un latigazo. No ha dormido nada. Lo hará, pero aún no.

La muerte de un hijo es lo peor, dicen, aunque ella no va a morir de pena. A lo mejor su marido sí es capaz: es un romántico.

El cuerpo del hijo se lo llevarán para incinerarlo, luego un funeral, ropa negra, familia triste, amistades tristes. Están lejos de México. En las fantasías de ella, la muerte ocurría en México. Pero no, ha sido en esa casa en la que estaban reclusos, en mitad de ninguna parte. Siente rabia, una rabia leve, apenas la llama de un mechero: son sus ganas de culpar al marido, aunque el marido está demasiado hundido para culparlo de nada.

En esa casa del norte del estado de Nueva York, rodeada de árboles, una lechuza ulula por las mañanas creyéndose un gallo. A su hijo le encantaba esa lechuza matutina, enroscaba su diminuto cuerpo, embelesado. Presta atención por si la oye, pero a lo mejor la lechuza ha ululado ya y se lo ha perdido. Murmura una lista ordenada para oír algo —tras una muerte hay mucho que

organizar— y eso le recuerda a su amiga Lena, que siempre piensa en todo con previsión.

Sin embargo, lo que tiene que ocurrir todavía no va a ocurrir. Ella no ha acabado con su hijo: aún no está lista para entregarlo.

Su marido no está muerto ni dormido, sencillamente está lacio, hecho un trapo. Ella lo dobla. Primero le pliega los dedos en las palmas de las manos, tras desprenderlos del pijama de su hijo. Luego las manos cerradas en un puño, que le dobla por las muñecas, hacia el pecho; después le baja las piernas de la cama. Disfruta con los muslos gruesos de su marido y se los mantiene sujetos más tiempo del necesario, y él se lo permite, con unos músculos blandos y pesados. Los muslos de su marido le suponen un consuelo; quizá notar el tacto de ella también lo consuele a él. Le gira entonces la cabeza para apartársela del hijo, y su marido cierra los ojos, exprimiendo las lágrimas. Si quisiera, podría hacer que su marido danzase como una marioneta, que se arrastrase hasta caer rodando por las escaleras. Pero no va a hacerlo. Le sujeta la cabeza contra el pecho para amortiguar los sollozos de él sobre su piel. Lo dejará apoyarse en ella mientras salen de la habitación, soportando más peso del que se cree capaz. Cuando su marido se detiene y pide volver a la habitación para ver a su hijo, ella lo calla, le dice que tiene que dormir. Lo lleva a la cama, donde el hombre se hace un ovillo, derrotado.

Ahora el hijo de los dos es solo de ella.

Se tumba junto a él y le lame la oreja, como lo haría un animal.

El niño sigue muerto.

Su hijo lleva un pijama color crema con dibujos tontos de dinosaurios en tonos vivos. Le ajusta bien, pese a estar pensado para un niño de menos edad. A su hijo le encantaba ese pijama. Tiene parches que clarean por el desgaste del suave tejido. Si ella no lo hubiese obligado a ducharse y a cambiarse, su hijo habría ido siempre vestido así, rugiendo arriba y abajo todo el día.

Desea saber un último secreto de su hijo. ¿Qué parte del cuerpo de alguien es indisolublemente esa persona? El pelo no, aunque mucha gente conserva mechones; el pelo es demasiado público y no es ningún secreto. Los dedos de los pies y las manos de su hijo los conoce muy bien, lo finos y largos que son los de las manos (como los de su marido) y lo pequeños y regordetes que son los de los pies (como los de ella misma). Su hijo tiene una lengua rápida y ceceante. Un corazón callado y solitario, entregado a ella y a su marido.

Debe ser el pulmón. Su hijo, Santiago, solo tiene uno. Es eso, ese pulmón: eso es el núcleo de su santidad. Ella lo adora y lo odia, le resulta todo un misterio, ese pulmón diminuto que ha llevado a su hijo mucho más allá de la esperanza de vida que tenía. Quiere darle las gracias y al mismo tiempo escupirle por no haberlo llevado más lejos. Pero sobre todo quiere ver ese pulmón y sostenerlo entre las manos.

Excavar a un hijo no es tarea complicada, si se hace con determinación. Primero ha de romper la piel, y eso

es fácil teniendo un cuchillo afilado. Su marido mantiene siempre los cuchillos afilados: según él, un cuchillo afilado es esencial para un buen cocinero, y él es un gran cocinero. Hace la primera incisión en el vientre de su hijo con el máximo cuidado, por si Santiago se despierta en un repentino renacimiento.

Eso no ocurre.

El siguiente corte es más atrevido. Una vez que lo ha abierto, le cuela una mano a su hijo bajo las costillas —no va a rompérselas— para buscar el pulmón. No es médica. Se trata de un procedimiento complicado. El corazón de su hijo ya no bombea, así que lo que rezuma es la sangre que portaban las venas previamente.

Hace años vio una obra de Lorca producida por la UNAM. Recuerda a la muchacha que interpretaba a la madre, una madre mayor de lo que podía serlo esa muchacha. Era una actriz estupenda. Había una boda y, en cierto momento, no recuerda por qué, esa madre se arrodilla en el suelo y pronuncia un breve monólogo sobre lo que significa ver sangre derramada por el suelo, la sangre de su hijo. La muchacha de la obra hacía el gesto de empararse las manos en la sangre y, cuando se las lamía, palmas y dedos, les pasaba la lengua por todas partes. Porque la sangre es mía, decía la madre.

No brota sangre suficiente para que ella se empape las manos. De todos modos, se las mancha y se las lame. Saborea la sangre de su Santiago, un gusto a hierro y a calidez. Podría chuparle más sangre de las venas, pero no va a hacerlo; no es una vampira, aunque ahora en-

tiende ese impulso: las ansias de beber, profundas y sedientas en sus entrañas.

Encuentra el pulmón de su hijo hacia la derecha del pecho. Más ligero y más intrascendente de lo que pensaba que sería. Siente ganas de arrancarlo y guardárselo. Tira, aunque no demasiado fuerte, pensando todavía que puede hacerle daño a su hijo. Imposible desencajarlo.

La cama está hecha un desastre.

Susurra el nombre de su hijo, como una disculpa. Pese a que ella creó ese pulmón igual que el resto de aquel cuerpo, decide que su hijo debe quedárselo. Solo va a llevarse una pizca. Con un cuchillo de mondar, rebana un trozo, la punta inferior. Ese pedazo es de ella.

Agarra el trozo de pulmón y lo mete en un tarro transparente que su hijo usaba para guardar lápices. No tiene tapa, pero sabe dónde encontrar una.

Se recoge la mata de pelo en un moño que se sujeta con un lápiz. Vuelve a componer a su hijo lo mejor que puede. Extiende la piel del vientre abierto, empapa un trozo de sábana en saliva y le limpia la sangre seca al cuerpo.

Su marido entra y se queda helado, tratando de hallar sentido a lo que acaba de encontrarse. Ella tenía previsto cambiar las sábanas y envolver a Santiago en otras limpias para ahorrarle a él ver el torso mutilado del hijo. No sabe si su marido va a gritar, a odiarla o a entenderla.

—Lo has destruido —dice él, y a ella la palabra «destruido» le resulta curiosa.

¿De verdad ha hecho eso? No. Ella no ha destruido nada; no quedaba nada que destruir.

Pero sí ha montado un desastre.

—Magos.

El marido la llama por su nombre, como si así pudiese invocar una explicación.

—Joseph.

Ella replica con el nombre de él, para hacerle saber que lo está viendo, allí de pie, demacrado y de un verde pálido.